

El infierno y sus características en la Odisea de Homero

El infierno es una representación mítica producto de la imaginación colectiva de los hombres, que constantemente se transforma. Por lo tanto, es un fenómeno cultural y complejo que se articula mediante el lenguaje de lo simbólico. Hubo diferentes percepciones sobre el infierno, debido a que las sociedades cambian, y ante la caída de un sistema simbólico, es decir, su agotamiento, nacen nuevas formas sobre esa representación mítica. El infierno posee un sustrato germinal, cuya raíz es el origen de su existencia. Para eso debemos desplazarnos en el espacio-tiempo, es decir, haciendo un corte diacrónico para situarnos en las primeras civilizaciones que dieron origen al término. Siguiendo a Mircea Eliade, la conciencia arcaica detenta este saber que da un cierto valor a esas manifestaciones culturales que está enraizada con la idea de la existencia, y por otro lado, posee una carga semántica que da sentido a esa construcción de la identidad, que estará tamizada por el imaginario de cada sujeto.

Los griegos de la antigüedad tendían a decantarse en lo sagrado a través de la creación de una serie de mitos que explicaban los orígenes del mundo o de los dioses. En el canto XI de la Odisea de Homero, se narra el *Descensus ad inferos* (descenso hacia el inframundo) de Odiseo. Este viaje al infierno, es decir, lo subterráneo, se conoce con el nombre de *Katábasis*, que involucraría según la etimología de esta palabra “un recorrido hacia abajo”. Por consiguiente, el héroe mítico emprende una aventura hacia “el mundo de los muertos”. Dicho recorrido es a través de un viaje en lo que Homero llama las “Cónavas naves” a través del río del Ponto hasta llegar a un escenario cavernoso, mítico, pero que para los griegos reviste cierto estado de sacralidad, ya que para éstos se entiende este lugar como “una historia verdadera”, es decir, según el estudio de Mircea Eliade sobre el “Mito y Realidad”¹, en estas civilizaciones el mito designa “una historia de imprescindible valor, porque es sagrada, ejemplar y significativa”. Fundamentan una tradición que se manifiesta por medio del lenguaje, ya que la Odisea fue recitada por un aedo, que era una especie de “demiurgo entre dioses y hombres”² que recitaba oralmente una epopeya gracias a la inspiración divina mediante la invocación de las Musas. Homero

¹ Mircea, Eliade; “Mito y realidad”;

<http://www.thule-italia.net/Sitospagnolo/Eliade/Eliade,%20Mircea%20-%20Mito%20y%20Realidad.pdf>

² (Ramos, Oscar Gerardo- “Categorías de la epopeya” (Bogotá, 1988):14)

recitó el periplo de Odiseo, que después de la guerra de Troya tuvo que regresar a su patria Ítaca, y en el Canto XI navega hacia la morada de Hades, pero debe seguir un ritual para poder tener contacto con las almas de ese mundo. Circe es quien exhorta al héroe a seguir este camino cuando le dice “llegaréis al país de la noche y de la bruma, al país de los cimerios, allí donde se halla la entrada del mundo infernal”. Vemos aquí como se configura el espacio sagrado del inframundo, donde describe la oscuridad que se contrapone a la luz de Helios y la ubicación geográfica de ese mundo donde el héroe deberá llegar. Luego inicia el ritual gracias a la indicación de la maga Circe, donde debe sacrificar las víctimas en una fosa y efectuar las correspondientes libaciones:

“(…) mientras yo desnudaba del flanco el agudo cuchillo y excavaba una fosa de un codo de anchura, libamos allí mismo al común de los muertos, (...), tomado las reses córtelos el cuello sobre el hoyo. Corría sangre negra. Del Erebo entonces se reunieron surgiendo las almas privadas de vida” (...)” ³

Este ritual le permitirá a Odiseo a que las almas se acerquen, y al beber la sangre le dirán la verdad. La sangre “simboliza aquí el principio de la vida, fuese también el principio del recuerdo y del reconocimiento»⁴, ya que las almas que bebían de ella, recuperaban por unos brevísimos instantes la memoria, por ende, en el inframundo los manes del infierno están urdidos en un profundo olvido, que viene del griego lethe, cuyo verbo *lanthano* significa escapar al conocimiento, a la vista, olvidar. El Leteo, uno de los ríos del inframundo, es el que provoca la pérdida total de la memoria (algunos griegos creían que este efecto sirvió para que las almas olviden sus vidas pasadas antes de la reencarnación, dentro de esa línea de la trasmigración de las almas) y es la forma en que los muertos se diferencian de los vivos, ya que al ser despojados del cuerpo se convierten en entes invisibles, despojados de su identidad, de sus recuerdos para ser una sombra producto del desvanecimiento que conlleva la muerte.

La sangre derramada le permitirá a Odiseo conocer el designio de Tiresias, que le concederá sus sabios consejos, la cual deberá obedecer para tener como gratificación la llegada tan deseada a su querida Ítaca y una suave vejez al lado de sus ciudadanos. También le dará la potestad de comunicarse con el resto de las almas a las que interrogará, entre ellas, su madre Anticlea que le devuelve el recuerdo y el reconocimiento, para responder a sus preguntas

³ (Canto XI 24-27).

⁴ (Choza, J. y C hoza, P., *Ulises. Un arquetipo de la existencia humana*, Ariel, Madrid, 1996, p. 89.)

respecto de su muerte, su patria y su familia. Antes de esas dos sombras, aparece Elpenor, compañero de su tripulación, que murió en el palacio de Circe, cuyo cuerpo permanece insepulto, y le exige que no se olvide de él y le legitime el derecho a la digna sepultura:

“Te pido, soberano, que te acuerdes de mi allí en la isla de Eea, que no te alejes dejándome sin llorar ni sepultar, no sea que me convierta para ti en una maldición de los dioses. Antes bien, entiérrame con mis armas, todas cuantas tenga y acumula para mí un túmulo sobre la ribera del canoso mar – desgraciado de mí – para que lo sepan también los venideros. Cúmpleme esto y clava en mi tumba el remo con el que yo remaba cuando estaba vivo, cuando estaba entre mis compañeros”⁵

Aquí la sepultura entra como elemento imperante en el inframundo, ya que cuerpo sin sepultar es un alma errante en esos pagos infernales, que no posee nombre ni lugar. Además el sepulcro mantiene viva la ausencia del difunto al estar presente en el mundo visible y es el testimonio que permanece latente en la memoria de los vivos. El tumulto se complementa con el infortunio de Elpenor como el epitafio de su desgraciada muerte en esa isla que lo devolvió a la tierra, como decía Cicerón “la tierra vuelve a la tierra de la que ha nacido”, de la misma manera que la liturgia cristiana en la *Vulgata* esgrimía: “Pulvis erit et impulvis reverteris”⁶.

Homero no solamente nos advierte de la importancia que es honrar al caído a través de ceremonias funerarias para su correspondiente purificación. Ya en la *Ilíada*, en el canto XXII, después de la muerte de Patroclo, aparece la actitud de seguir esta dilatada tradición cuando en sueño de Aquiles aparece la imagen de Patroclo exigiéndole las debidas exequias, y a su vez, hace una breve referencia sobre lo que es vagar sin descanso, el proceso de inhumación mediante la incineración del cuerpo en una pira, la arquitectura del Hades y finalmente le vaticina su destino:

“... ¿Duermes, Aquiles y me tienes en el olvido? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades pues, las almas, que son imágenes de los difuntos me rechazan y no me permiten que atraviere el río y me junte con ellas; y, así, voy errante por los alrededores del palacio de anchas puertas de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando, pues yo no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cuerpo al fuego. Ni ya, gozando de vida, conversaremos apartados de los amigos, pues me devoró la odiosa muerte que el hado me deparó cuando nací. Y tu destino, Aquiles, es también semejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos”⁷

⁵ (Canto XI, 71-78).

⁶ (Génesis 3,19).

⁷ (*Ilíada*, XXII, 65).

Por último, Homero en el Canto XI de la Odisea, llamado *Nekuia* (Evocación de los muertos), nos muestra a un Minos impartiendo justicia con su cetro a todos, dando lugar a la epifanía de esos muertos, ya que sus acciones serán juzgadas independientemente del resto para otorgarle el lugar que le corresponde en el inframundo. Según esta concepción ctónica, aquellos que en vida hayan infringido las normas divinas, merecen el castigo mediante una forma penosa. Aquí están tres réprobos insignes: Titio, yaciendo en el suelo, atado y con dos buitres que le roían el hígado; Tántalo que es privado de comer y beber, y tenía frutos a su alcance que le era imposible agarrar; y Sisifo, soportando pesados dolores, obligado a llevar una enorme piedra hacia la cumbre, mientras una poderosa fuerza lo arrastraba al lugar inicial donde empezaba.

Odiseo tiene el privilegio de poder descender a los infiernos y escapar de sus fauces, es decir, que “el héroe penetra en el vientre de la madre ctónica sin regresar al estado de embrión”.⁸

⁸ (Choza, J. y Choza, P., *Ulises. Un arquetipo de la existencia humana*, Ariel, Madrid, 1996, p. 89.)